



Madrid 30 de Noviembre de 1861.

**SUMARIO. ARTICULOS.**—Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—Los Tres Consejos [conclusion], cuento popular, por don Antonio de Trueba.—La Tempestad.—El Sol y el Viento.—Herman y Dorotea, por don P. de V.—El poder de la amistad, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Sentidos.

**GRABADOS.** Recaredo.—Sisebuto.—Herman y Dorotea.



## LECCIONES DE MORAL.

### VI.

Uno de los defectos mas comunes, y acaso de mas graves consecuencias, es la indolencia, mis queridas hijas, porque afecta á todas las virtudes y arrastra en p6s de sí todos los vicios.

La indolencia es cierta flojedad que causa t6dio y hastío hácia todo lo que pueda fatigar el cuerpo y el espíritu, y en esta estraña disposicion del ánimo que cre-

ce prodigiosamente con la costumbre, carecemos de la actividad necesaria para practicar el bien y prevenir el mal, de modo que al paso que destruye la salud, empobrece el espíritu, y el sér dotado de razon y de inteligencia, desciende gradualmente hasta convertirse en un sér ruin, apocado y miserable.

Han transcurrido muchos siglos desde que Xénofonte decia que el alma entregada á la pereza nunca puede producir nada bueno.

Este feo vicio no radica en el corazon humano como los otros: basta para demostrarlo la infatigable actividad de la naturaleza. Siendo, pues, hijo legítimo del hábito, os probaré con el ejemplo de una tierna amiga mia, que es muy fácil corregirlo.

Enriqueta era buena, sincera y modesta, pero muy indolente. Todo lo hacia con lentitud y dejadez, y era necesario reñirla para que se levantase por la mañana, reñirla para que estudiase, y hasta para que saliera á paseo ó se entretuviese con sus juguetes. Así es que como no le gustaba saltar ni correr, estaba casi siempre delicada. Nada la servia de estímulo, á nada prestaba atencion, y por lo tanto no sacaba ningun fruto ni de las lecciones de sus maestros, ni de los consejos de su madre. En todos los rincones se encontraban sus guantes, sus tijeras, sus pañuelos, y no se pasaba dia sin que perdiese ó estropease alguna cosa. Como todo lo tenia en desórden, empleaba la mayor parte del tiempo buscando su labor, sus libros, sus juguetes, de modo que fatigada con tan ingrata tarea, hasta las diversiones se la hacian insoportables.

Y lo peor era que para disculpar su pereza, á veces se veia precisada á mentir, otras desobedecia á sus superiores, y casi siempre era causa de que riñeran á los criados, contrayendo así mil defectos morales que deslucian su natural bondad. Ni rezaba por las noches sus oraciones al Sér Supremo; ni daba limosna, como le tenia mandado su madre, si era preciso levantarse; ni cuidaba á sus hermanitos cuando estaban enfermos, porque siempre la vencia el sueño. Así que no la querian ni sus maestros, ni sus amigas, ni nadie: solo la querian sus padres, porque los padres son como Dios, y no hay defectos que basten á minorar su cariño. Fué creciendo, y con ella creció su pereza. Contaba ya trece años, y aunque era linda y rica, hacia un papel muy insignificante entre sus amigas, porque no tenia ninguna instruccion, vestia sin gracia, y sus trajes apenas los estrenaba, estaban ya ajados y deslucidos.

Un dia que paseaba con su madre por el campo, quiso sin duda Dios que ambas entrasen á descansar en una pobre choza. Vieron en ella á una anciana paralítica que estaba tendida sobre un jergon, mientras una joven-cilla trabajaba á su lado con ahinco.

La madre de Enriqueta, vivamente compa-

decida ante aquel triste cuadro, quiso prodigar algunos consuelos á la enferma.

—¡ Ah, señora! exclamó ésta, no soy muy digna de lástima, porque Dios me ha dado una hija que trabaja noche y dia para sostenerme y procurar algun alivio á su padre, el cual está en la cárcel por deudas que los malos tiempos nos han obligado á contraer. ¡ Ochocientos reales, que jamás podrá pagar, señora! Pero si vierais á esta pobre niña levantarse con el alba, despues de pasar casi la noche en vela! Su actividad es tan incansable, que parece duplicar el tiempo y los recursos. ¡ Con qué paciencia, con que dulzura me cuida! ¡ Solo me deja para volar á la cárcel y consolar á su triste padre! Bendito sea Dios que me ha dado tal hija! Bendita sea, bendita!

Lágrimas de enternecimiento corrian por las mejillas de Enriqueta. ¡ Qué diferencia entre su conducta y la de aquella interesante joven-cilla! ¡ Cuán culpable se parecia á sí misma! Oh! si un santo respeto no la hubiera contenido, con qué placer hubiera estampado un beso en aquella pura frente!

Cabizbaja y pensativa siguió á su madre; cabizbaja y pensativa estuvo todo el dia.

Al siguiente se levantó sin que nadie la llamase, y no fué poca la sorpresa de su madre al verla entrar en su aposento medio desnuda á pesar del frio.

—Estás mala? la preguntó sobresaltada. Enriqueta se arrojó en sus brazos.

—¡ Madre mia, madre mia, exclamó con entusiasmo, quisiera que sacaseis de la cárcel al padre de aquella pobre niña!

—Se necesitan ochocientos reales!

—Somos ricos!

—Siento decírtelo, mi querida Enriqueta; pero los inútiles gastos que me ha ocasionado tu indolencia, me impiden disponer de esa suma. Aquí tienes el diario que vengo formando desde que contabas seis años, y entre maestros y objetos perdidos y manchados, sube al total de cuarenta mil reales malgastados sin provecho.

Enriqueta bajó los ojos y permaneció un rato confusa y avergonzada. Luego volvió á

arrojarse en los brazos de su madre, y exclamó llorando.

—¡ Ah, madre mia, prestadme los ochocientos reales, y os prometo economizar y devolvéroslos en lo sucesivo!

Enriqueta cumplió su palabra: se hizo activa, laboriosa, se dedicó con afán al estudio, y supo aprovechar tan bien el tiempo perdido, que hoy es una de las jóvenes más distinguidas entre las que honran á la culta Barcelona.

ANGELA GRASSI.

## MEMORIAS DE UNA NIÑA. (1)

(Continuacion.)

### VIII.

#### MIS PROGRESOS.

Con la edad mi razón se fué desenvolviendo, las consideraciones de mis padres para conmigo eran mayores cada vez, y mi séptimo natalicio fué celebrado con mi primera confesión.

Por ella comprendí más y más los deberes de un buen cristiano, y mis cualidades adquirieron mayor perfección.

Por desgracia en breve tuve que dar una prueba patente de resignación, y la di tan á satisfacción de todos que debo consignarla en mis memorias.

Una mañana me desperté, y al revés de lo que sucedía de ordinario, aquella mañana desperté sin alegría, sin gana de dejar el lecho. Margarita, que abrió las ventanas de mi dormitorio sin oír mi cariñoso saludo, exclamó:

—Tienes aun gana de dormir, Rosalía?

—No, pero no sé que tengo hoy, respondí.

Acercóse á mí Margarita y con el cariño de una madre tocó mi frente, mi mano, y exclamó:

—Es verdad, ángel mio: necesitas quedarte en cama.

Yo obedecí sin pena ni alegría, y una de las cosas que con este motivo han llamado mi atención, es como la indisposición más leve nos quita la gana de todo dejándonos como insensibles.

Manuel entró poco después en mi cuarto, y al verme todavía en el lecho exclamó con acento compasivo:

—Estás mala, hermanita? No importa. Yo te cuidaré como tú me cuidaste á mí.

Entonces conocí lo bueno que es sembrar beneficios, porque más tarde ó más temprano se recibe la recompensa de ellos.

En breve llegaron mamá y papá, que se alarmaron al observar mi fiebre, haciendo avisar al punto al médico.

Inútil y cansado sería seguir paso á paso los progresos de mi enfermedad: baste saber que resistí con admirable paciencia todos mis sufrimientos, y me sometí á cuanto quisieron hacerme y aplicarme, incluso cuatro sanguijuelas, cuya sola vista me llenó de terror. No obstante á las pocas reflexiones de mamá cedí y me las dejé poner sin exhalar un grito. Por muchos días mi vida corrió gran peligro, pero al fin, gracias á la habilidad del médico ó más bien á las oraciones de mamá y de mi aya Margarita, Dios me concedió la salud.

Mi convalecencia fué larga y penosa, pero en toda ella puedo decir con verdad, porque se lo oí á mamá muchas veces, que fuí un modelo de prudencia y no me separé de lo que me ordenaron el médico y mamá como conveniente á mi salud. Bien es que como todos se escedían unos á otros en cuidarme y distraerme, era un deber mio no darles que sentir. Margarita no se apartaba de mí, acudiendo con prontitud á cuanto yo necesitaba, sin dejar mi lado ni de día ni de noche; mamá ensayaba cuentos para distraerme; María, á pesar de su edad, cosía á mi lado trajes para mi muñeca, y á Manuel se le hacían poco todos sus juguetes para divertirme.

Esta enfermedad es por lo tanto uno de los recuerdos más gratos de mi corazón!

[1] Véase el número 41.

## IX.

## UN VIAJE Á EMS.

Solo el que ha estado enfermo comprende la alegría de recobrar la salud. Yo era dichosa al poséer de nuevo la mia, y todos los dias, por indicacion de Margarita, daba gracias á Dios que me la habia devuelto.

Durante mi enfermedad mi estatura habia crecido estraordinariamente, pero en cambio estaba delgada hasta un extremo que inspiraba cuidado á mamá.

Por este tiempo una amiga suya, la condesa de C., disponia su viaje para Ems, y animó á mamá para que la acompañase, afirmando que aquel viaje seria muy saludable para mí. Esta proposicion me llenó de alegría, y el dia que mamá me anunció que estaba resuelta á que acompañásemos á la condesa, salté sobre sus rodillas loca de contento.

El primero de Julio, dia designado para la partida, Margarita nos despertó á las cinco para tomarse tiempo, nos arregló con trajes de camino, y aun estaba acabando de arreglar el cabás, cuando Manolito llamó á la puerta diciendo con acento enfático:

—Despachad: los hombres ya estamos listos.

Nos acomodamos en el ferro-carril, que al principio escitó nuestro interés, pero como ya habíamos viajado por aquel medio, á las dos horas Manuel y yo estábamos cansados de viaje. Entonces Margarita nos sacó de su cabás naipes, dados, oca, y tuvimos que admirar una vez mas la cariñosa prevision de nuestra aya. Gracias á estos juegos llegamos entretenidos á Colonia tan felices al dejar el wagon como lo fuimos al tomarle. En un ómnibus nos trasladamos á orillas del Rhin y nos acomodamos en un barco de vapor, bajo la inmediata vigilancia de papá, que no quiso confiar á nadie este cuidado.

Apenas comenzamos nuestro viaje sobre el agua, montañas elevadas, praderas risueñas se

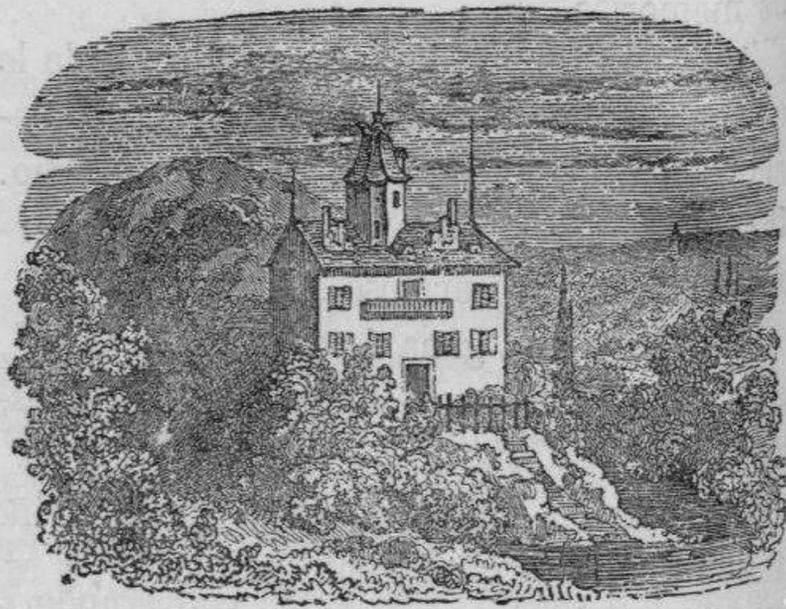
ofrecian sucesivamente á nuestra vista, y ambas orillas del rio estaban cubiertas de sencillos aldeanos que acudian á contemplar el vapor, cantando y bailando á estilo del pais.

A las horas del calor se tendió un toldo, que defendia á los viajeros de los rayos del sol, y pusieron una dilatada mesa cubierta de manjares que despertó el general apetito.

Ya terminábamos felizmente nuestro viaje, cuando al pasar por Andernach un bote se acercó á tomar una aldeana y su hijo para trasportarlos á tierra. La aldeana saltó, pero el muchacho en su atolondramiento tomó mal las distancias y desapareció en las aguas. La consternacion fué general y la madre lanzaba gritos desgarradores. No hubo medio de sacar el muchacho, que desapareció arrastrado por la corriente, y despues de una media hora fué depositada en tierra sin sentido su infeliz madre.

El resto del dia se pasó triste y preocupados todos los ánimos con tan triste suceso: no obstante, en cuanto llegó la noche Manuel y yo dormimos tan profundamente, que tuvieron que despertarnos para desembarcar en Coblenza. De allí á Ems hay un corto trecho, tan pintoresco como agradable, que recorrimos sin contratiempo alguno, dando por terminado nuestro largo viaje.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



## HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

IV.

La sangre del mártir San Hermenegildo no tardó en producir el fruto apetecido, haciéndose católico con toda la nación su hermano Recaredo. Pero este fausto acontecimiento no se verificó con tanta facilidad como hubiera

sido de desear, y hubo de transcurrir un año desde que subió al trono el nuevo monarca hasta que pudo confesar públicamente su conversión á la fé católica. En 587 reunió en un Concilio á todos los obispos católicos y arrianos de sus Estados, y despues de una larga y madura discusion abjuró su falsa creencia, siendo imitado por muchos grandes de su córte y por la mayor parte de su pueblo, pues *Rex velit honesta, nemo non*

*eadem vollet*. Pero á pesar de esta hermosa frase no tardaron los arrianos en conspirar contra la vida de Recaredo, que descubrió su conjuración, pudiendo continuar su gloriosa empresa de restablecer el culto católico en las iglesias y monasterios, poner á los obispos en el libre ejercicio de sus santas funciones y desterrar la heregía, convocando repetidos Concilios nacionales, entre los que sobresale el tercero de Toledo, tanto por el número de prelados que á él asistieron como por

la importancia de los asuntos que en él se trataron.

La comunidad de creencia debió haber establecido una alianza entre los francos y los godos, católicos ya, y que por causa de su religion habian sido molestados con repetidas guerras por los primeros. Sucedió empero todo lo contrario, pues los franceses atacaron á Recaredo con el pretesto de vengar la muerte de San Hermenegildo y la de su esposa Ingunda, que falleció en Africa con su hijo, adonde habia huido, despues del martirio de su esposo. Pero el cielo favoreció en esta

ocasion la justa causa de Recaredo, concediéndole en 589 dos victorias sobre el ejército de Gontran, haciéndose los godos dueños de Carasona, y quedando desde entonces en pacífica posesion de la Galia Narbonesa.

Terminada esta guerra tuvo Recaredo que sostener otras contra los griegos y los navarros, que se levantaron procurando estender sus dominios en España los unos, y conservar los otros su independenciam;

pero en ambas quedó vencedor, siendo su reinado uno de los mas gloriosos de que se hace mención en la historia. Introdujo tambien algunas aunque ligeras reformas en la administracion de sus Estados, haciendo hereditarios los principales cargos del gobierno, pero disminuyendo mucho sus atribuciones. Determinó que los hijos sucediesen á los padres en el empleo ó dignidad de Duque, título que se daba entonces á los gobernadores de las provincias, lo mismo



Recaredo.

que el de Conde á los de las ciudades y el de Gardingos á los alcaides de los castillos ó fortalezas de la corona. Recaredo murió en Toledo en Junio de 601, siendo su muerte muy sentida por sus vasallos, apreciadores de su mérito, y por todos los grandes hombres de su época que le citan con elogio en sus obras.

Su hijo y heredero Linva II, apenas ocupó el trono dos años, aunque por sus buenas cualidades daba esperanzas de un largo y feliz reinado. Viterico, uno de los principales señores visigodos, y general de las tropas de su padre, conspiró contra él y se apoderó de su persona; cortándole la mano derecha y quitándole la vida en 603, cuando apenas contaba veinte y dos años de edad. Elegido Viterico rey por los conjurados, llevó la corona por espacio de siete años, sin que se distinguiera por ningun hecho notable, pues aunque hizo grandes preparativos de guerra contra Teodorico II, rey de Orleans y de Borgoña, no llegó á venir á las manos con este monarca, asesinándole en 610 unos conspiradores en un gran banquete, entre los que se hallaba Gundemaro, que se apoderó de su cetro.

No carecia este monarca de cualidades para gobernar, como lo manifestó en cuantas ocasiones se le presentaron, á pesar de lo breve de su reinado, pues habiendo enviado embajadores á Francia en solicitud de la amistad de los reyes de este pais, como estos los maltratasen y despidieran ignominiosamente les declaró la guerra, en que obtuvo gloriosos

triunfos, los que continuó contra los gascones que pretendian invadir sus dominios. Despues de haber merecido que se dijese de él que era tan ardiente católico y tan justiciero como Recaredo; murió Gundemaro en 612.

Sisebuto, heredero de su corona, lo fué mas aún de sus grandes cualidades, en que le escedió en extremo. Se celebran su piedad, justicia, valor y amor á las letras y elocuencia, que cultivó con buen éxito. Él fué quien manifestó la facilidad con que podian ser arrojados los griegos de las tierras que les habia cedido Atanagildo á lo largo de las costas del Mediterráneo, vencéndolos en dos batallas. Celoso católico, solo gobernó ocho años y seis meses, muriendo en 621. Su hijo Recaredo II, que le sucedió aunque en tierna edad, apenas se cuenta en el número de los reyes godos por haber muerto cuando aún



Sisebuto.

no hacia tres meses que llevaba la corona.

Suintila, el menor de los hijos del Grande Recaredo, subió al trono despues de la muerte del hijo de Sisebuto, manifestándose digno heredero del nombre de su padre. Sus primeras hazañas fueron derrotar á los gascones que habian hecho una incursion en la tarraconense, obligándoles á edificar una ciudad, que se cree es Olite en Navarra, para que sirviese de barrera contra sus propias invasiones. Despues arrojó definitivamente de España á los griegos, siendo el primer monarca godo que estuvo en completa posesion de toda nuestra península; pero cuando parecia llamado á llevar á cabo nuevas y mas gloriosas empresas, se abandonó

á toda clase de vicios, dejando el gobierno en manos de su esposa Teodora, hija de Sisebuto, y de su hermano Geila, ó segun otros de su hijo Rimicir, lo cual fué la causa de su caída. Pues descontentos los godos conspiraron contra él, y pidiendo Sisenando, uno de los principales señores del reino, ayuda á Dagoberto, rey de Borgoña, le envió un numeroso ejército, con el que venció y depuso á Suintila en 631, quien vivió aún cuatro años como particular, muriendo en Toledo en 635, época en que falleció también Sisenando, despues de haberle confirmado en el trono el Concilio de Toledo celebrado en 633 y haberse distinguido por su justo y piadoso gobierno.

JOSÉ S. BIEDMA.

## LOS TRES CONSEJOS.

CUENTO POPULAR.

(Conclusion.)

### IV.

Juan Cavila, estremeciéndose de gozo, descubrió al fin el campanario, y oyó tocar á la oracion las campanas de su pueblo.

El autor de este cuento sabe por propia experiencia lo que se siente al ver trás una ausencia muy larga el campanario que nos ha dado sombra y las campanas que nos han dado alegría en la niñez; pero no se atreve á profanar este santo y dulce sentimiento esplicándole superficialmente en un cuento de tres al cuarto, que ya le ha consagrado un libro salpicado, si no con perlas de su ingenio, con lágrimas de sus ojos (1).

El gozo de Juan Cavila se vió muy pronto turbado por el temor.

—Quién me dice á mí, exclamó Juan, que

mi mujer no ha muerto ó que no es ya indigna del amor de un hombre de bien!

Esta última duda le lastimó mas que la primera.

Ah! qué egoista y qué archiegoista es la pícara humanidad!

Era ya de noche cerrada, pero hacia una luna muy hermosa.

La casa de Juan, ó mejor dicho la casa del sacristan, estaba á la entrada del pueblo. Parte de su fachada principal daba á un huerto. En este huerto habia una frondosa mata de avellanos, y en esta mata se emboscó Juan con objeto de observar quien salia de su casa, ó quien entraba, ó quien hablaba en ella.

De repente la puerta se entreabrió y apareció en ella un hombre, que embozándose en su capa dijo cariñosamente á una mujer:— «Hasta luego, querida!» y se alejó.

Juan echó mano á una navaja de muelle de que se habia provisto en el primer pueblo que encontró pasado el consabido ventorrillo, y vaciló entre coser primero á navajadas á aquel ó á su mujer; pero de repente se acordó del consejo de su capitán «antes de hacer nada, consulta con la almohada» y se detuvo, resuelto á no emprender negocio tan grave como la venganza de su honra, hasta el dia siguiente.

Para no malograr su esperanza necesitaba disimular.

Saltó del huerto á la puerta y llamó á ésta.

Su mujer bajó á abrir, y reconociéndole inmediatamente, se abrazó á él haciendo mil estremos de ternura.

Juan correspondió á aquellos estremos haciendo de tripas corazón.

—Ingrato! exclamó su mujer, siete años sin escribirnos, sin decirnos si eras muerto ó eras vivo!

—Lo mismo has hecho tú.

—Embusterazo, que mi padre y yo te hemos escrito mas de veinte cartas y á ninguna has contestado.

—Porque no las he recibido.

—Pues poníamos en el sobre á Juan Fernandez.

(1) Alúdese á un librito inédito que se titula *Los recuerdos*.

—Pues todos me llaman Juan Cavila.

—Qué graciosos con los motes!...

—Y adónde dirijíais las cartas?

—Adonde se halle.

—Pues yo siempre he estado en ese pueblo.

—Ehi, qué gracioso!.... ¿Traerás gana de cenar, no es verdad?

—Así, así.

—En cuanto venga padre cenaremos.

La mujer de Juan, que era muy jóven aun, acabó de arreglar la cena y puso la mesa.

En aquel instante llamaron á la puerta y la jóven tomó el candil diciendo: «será padre» y bajó á abrir.

Calcúlese la rabia de Juan al ver subir la escalera regazándose el manteo á un cura que le pareció el mismo que habia visto salir un cuarto de hora antes.

Echando noramala los consejos de su capitan, metió mano á la navaja, cuando de repente lanzó un grito de alegría, y arrojando al suelo la navaja corrió á estrechar en sus brazos al recién venido.

El recién venido era su suegro, el antiguo sacristan que se habia ordenado durante su ausencia.

Sentáronse todos á la mesa para cenar, y Juan sacó las tres tortas que le habia regalado su capitan, y se puso á contar lo de los consejos que le habian costado treinta mil reales.

A su suegro no le parecieron del todo caros los consejos, pero á su mujer se la llevaron los diantres al saber que pudiendo traer treinta mil reales no traia un cuarto.

Vaya Vd. á hacer comprender ciertas cosas á las señoras mujeres!

Sin embargo las señoras mujeres no tienen pelo de tontas.

—Ea, dijo Juan, probemos estas tortitas de mi capitan, que me dijo eran riquísimas.

Y al ir á partir la suya se encontró dentro diez mil reales en oro!

Su mujer y su suegro se apresuraron á partir cada cual su torta, y cada cual vió brillar en sus manos diez mil reales en oro tambien.

Inútil es decir que la cena fué alegre, sabrosa, sazónada....

Lo que no está sazónado, lo que sigue tan sosito como lo encontré en la calle, es este cuento, porque... ah qué cabeza la mia!... se me ha olvidado echarle la sal que me dió la vecina.

ANTONIO DE TRUEBA.

## LA TEMPESTAD.

Despues de una noche muy tempestuosa fué un padre con su hijo al campo, para ver los desastres que habia ocasionado la tempestad.—Mira, le dijo el muchacho, esa fuerte encina ha venido al suelo, mientras el débil mimbres continúa todavía firme junto á el arroyo. ¡Quién hubiera creído que el huracan derribaria con mas facilidad á una encina que á un mimbres!

—Hijo mio, le dijo su padre, la orgullosa encina que no se puede doblar tiene que romperse, pero el flexible mimbres se ha plegado á la voluntad del huracan, que ha pasado sin poder arrancarle.

## EL SOL Y EL VIENTO.

El sol y el viento apostaron á cual de los dos haria quitarse antes la capa á un viajero.

El viento probó en seguida sus fuerzas, sopló y se arremolinó con terrible ímpetu. Pero el viajero se envolvió en su capa con el mayor cuidado, viéndose al cabo el viento obligado á ceder y á dejar al sol probar la fuerza de sus rayos. Apenas habia comenzado á calentar, cuando el viajero tuvo necesidad de quitarse la capa.

La dulzura y la amabilidad pueden siempre mas que la dureza y la fuerza.

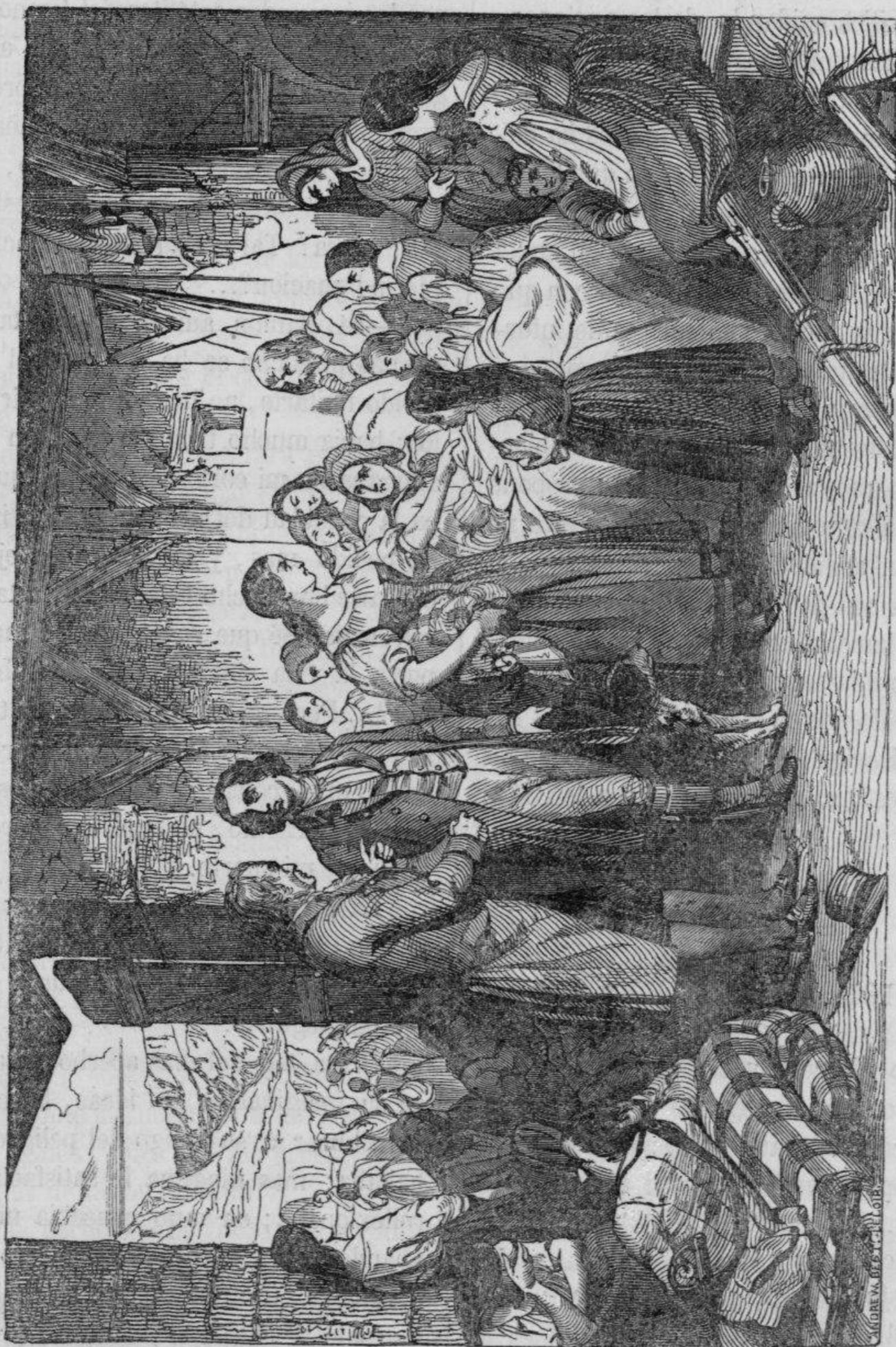
B.



## HERMAN Y DOROTEA.

Dichosos los escritores que saben pintar y hacer amables las costumbres puras y pacíficas del hogar doméstico. Sus cuadros animan dul-

nocer mejor su inestimable precio. Qué agradable es ver en la biblioteca de una señorita, entre otros libros de educación y moral, *Pablo y Virginia* al lado de *Herman y Dorotea*! El asunto de este pequeño poema de Goethe es



Herman y Dorotea.

cemente la soledad de aquellos que echan de menos ó desean los encantos de la vida en familia: también bendicen su influencia los seres que se aman. Sus interesantes ficciones estrechan los lazos que los unen y les enseñan á co-

muy sencillo, y su desenlace lleno de interés y buen sentido. Como esta producción del sabio alemán es poco conocida, vamos á reseñar á nuestros jóvenes lectores su argumento.

La guerra hace abandonar sus hogares á

muchas pobres familias de Alemania, y las precisa á ir pidiendo hospitalidad de pueblo en pueblo. Una jóven huérfana llamada Dorotea, forma parte de esta colonia desgraciada, y además de compartir con sus convecinos las penalidades de la emigracion, les presta sus auxilios cuidando de los ancianos, de los niños y los enfermos en los abrigos pasajeros que les sirven de techo hospitalario.

El hijo de un rico posadero que los ha dado albergue la vé en el momento en que la jóven socorre á una desgraciada mujer á quien los dolores del parto han sorprendido en aquel asilo de la caridad; testigo de la piedad con que atiende los males de sus compañeros de infortunio, y de la estimacion y reconocimiento que éstos le demuestran, la belleza y el candor de Dorotea le interesan y se determina á hablarla. Herman, que así se llama, la propone quedarse en la casa como criada; pero esto no es mas que un ardid de su timidez, porque al presentarla á sus padres les pide su consentimiento para hacerla su esposa, y obtenido, une su suerte á la suya.

Este sencillo poema sirvió de asunto al célebre pintor Enrique Soheffer para uno de los cuadros mas estimados de la esposicion de 1842.

P. DE V.

#### EL PODER DE LA AMISTAD.

La noble Siracusa yacía oprimida bajo la tiranía de Dionisio, que dueño del trono usurpado por medio del fraude y la violencia, procuraba sostenerse en él, merced al terror y á la crueldad. Sus infelices súbditos se veian obligados á callar, y hasta á ahogar las exclamaciones y justos lamentos que á su corazon arrancaba el despotismo y la tiranía, pues la mas leve queja, el mas insignificante lamento, era castigado con la muerte.

No faltó sin embargo un hombre que se sobrepusiera al temor universal. Pitias, jóven valeroso y resuelto, no supo refrenar los ímpetus de su indignacion, y levantó la voz para

deplorar amargamente las calamidades que pesaban sobre su patria. ¡ Cuán caro debia costarle su imprudente desahogo! Los espías de Dionisio pusieron en su conocimiento lo ocurrido; juró éste pronta y ejemplar venganza, y el desgraciado jóven se vió reducido á prision por los inmundos satélites del tirano.

Atraído por la muchedumbre acercóse al grupo Damon, jóven de grandes prendas, que profesaba á Pitias un amor entrañable. Sorprendido á la vista de aquel cuadro, acercóse solícito: Mi amado Pitias, qué es esto? De qué se te acusa? Tal vez tu inadvertencia, tu noble indignacion?...

—Sí, Damon amigo: lo que tantas veces me has predicho se ha realizado al fin: no he sabido imitarte, no he sabido seguir tus consejos: hacia mucho tiempo sufría en silencio y ahogaba en mi corazon los gritos que arrancaba la crueldad del tirano; pero la indignacion ha podido mas, y los continuos ejemplos de barbarie han hecho estallar la ira tanto tiempo refrenada. Sé que voy á morir; más qué importa la vida sujeta á tan miserable esclavitud?... Pero mi anciano padre, mi tierna esposa, mis adorados hijos... A tí los recomiendo, amigo mio, consuélalos, ampáralos, y convencido de tu cariño, no tendré ya porqué lamentarme de mi suerte.

La torpe brutalidad de los sayones puso término á aquel tierno coloquio. Pitias fué conducido á la cárcel, sin que fuera permitido á Damon seguirlo.

Preso éste del mas acerbo pesar, revolvió en su imaginacion mil ideas, buscando medio para librar á su amigo del peligro en que se hallaba; mas ninguna le satisfacía, en vano reflexionaba; en vano concebía un plan para abandonarlo y sustituirlo por otro que consideraba tan inútil é ineficaz como el primero. Cansado de discurrir, resolvió presentarse al Emperador.

Después de haber atravesado las innumerables guardias de que se rodeaba el tirano para prevenirse contra la justa indignacion de sus súbditos, puesto de rodillas ante su persona, le dirigió la palabra en estos términos: Señor,

un jóven infeliz acaba de ser encadenado por los que obedecen vuestros mandatos. No es mi objeto defenderlo ni implorar su perdon; sabed sin embargo que su delito es efecto de su arrojo é inesperienza; pero es reo á vuestros ojos, y esto basta. Pues bien, señor: la única gracia que pido, es que se difiera la sentencia por algunos dias. Un padre decrepito, una esposa amante y dos tiernos hijos gimen lejos de aquí; permitid, señor, que ofreciéndome en rehenes, me ponga en su lugar por algunos dias, y en tanto, libre él, podrá ver á su familia por última vez y recibir las caricias de los hijos de su corazon. Al terminar el plazo prefijado, volverá, señor, no lo dudeis; pero si tarda, si falta á su palabra, pagaré por él con mi cabeza los delitos que ha cometido.

Absorto Dionisio al oír tan rara proposicion, y tentado por el deseo de probar el efecto, «bien, dijo, dos dias le concedo: en tanto ocuparás su lugar en la cárcel; mas ten por seguro que si la aurora del tercero no le vé Siracusa dentro sus muros, lo pagarás con tu cabeza.»

Lleno de júbilo Damon con semejante respuesta, corre á la cárcel, descíñe, para meterse en ellas, las prisiones que oprimian á su amigo: refiérole lo ocurrido con el Emperador, le dá cuenta de sus planes, y llevando la abnegacion hasta el heroismo, le significa que el plazo concedido por el déspota, basta para que se procure una nave y se ponga á salvo. Actividad y silencio, añade: vé, corre, no pierdas tiempo.

—Huir yo! contestó sorprendido Pitias, huir yo dejándote abandonado á las iras del tirano! Oh! nunca; pues qué me crées, Damon amigo, capaz de tanta infamia?

—No: la perfidia y la vileza no germinan en pechos como el tuyo, si sospechara tal cosa nunca habrias sido mi amigo; pero tú tienes un padre, una esposa y dos hijos que te deben la subsistencia; ¿quién les amparará si tú mueres? En cambio nadie en el mundo necesita de mí; ¡qué placer, pues, mas inmenso que el de sacrificar mi vida en aras de la mas fiel amistad!

—Oh! sí; pero es un placer bárbaro, del

que no disfrutarás. Cumpliré pues que lo desees los últimos deberes que naturaleza ordena; daré á mis hijos, á mi esposa, á mi padre, el postrer adios; pero al romper el alba del nuevo dia, me verás á tu lado. Consintiendo en dejarte aprisionado en lugar mio, tal vez logre consolarlos; esta consideracion me decide, dijo, y abrazando estrechamente á su digno amigo, partió.

Pasó el segundo dia, llegó el tercero, y Pitias no parecia. Convencido Damon de que las súplicas y lamentos de la familia habian podido en él mas que toda otra consideracion, le creia ausente, llenándole de júbilo semejante idea: en cambio Dionisio se juzgaba burlado por el delincuente, y deseoso de venganza ordenó lleno de rabia la ejecucion de la sentencia.

Espárcese por la ciudad la noticia de tan odiosa resolucion, y la multitud llena la plaza para presenciar tan triste espectáculo. Unos compadecen al generoso amigo; maldicen otros al pérfido traidor, y todos condenan interiormente la refinada crueldad del tirano, en tanto que éste, sentado en elevado sólio y rodeado de numerosa guardia, muestra en los ojos y ademanes la impaciencia y la venganza que devoran su infame corazon.

Damon adelanta con magestuoso paso rodeado de verdugos. Ni uno solo de los circunstantes permaneció indiferente á tan conmovedor espectáculo; solo el inocente Damon sereno y alegre bendecia á los Dioses, que por su voluntad habian permitido que llegára á buen término su estratajema y se salvara la vida de su amigo.

El fúnebre cortejo llegó por fin al lugar del suplicio. Vendaron los ojos al infelice Damon, el dogal oprimia ya su garganta, brilló al sol el azulado acero, cuando de improviso se oyó lejana la voz de «detente;» en tanto que lleno de polvo y sudor llegaba un jóven hasta los piés del tablado.

—Gracias, Dios mio, gracias, los deberes de hijo y padre no me han impedido llenar los no menos sagrados de amigo.

Semejante acontecimiento produjo en la

apiñada muchedumbre un confuso rumor, en el cual se veían mezcladas la piedad, la sorpresa y la alegría. Es Pitias, se decían admirados unos á otros, es Pitias, quién lo creyera?

Éste, despues de haber abrazado á Damon, se presenta á Dionisio, que estático contempla aquella inesperada escena. «Hé por fin á tu presencia, le dice, á la víctima de tu venganza, cúmplase la sentencia, sálvese el inocente. A pesar mio he faltado á la hora. Al saber mi pobre padre el triste fin que me aguardaba, cayó cual herido por el rayo, sin que pudieran volverle ni los remedios ni las caricias, ayer noche, ay, triste! ayer noche espiró entre mis brazos. Valiéndome de la fuerza he escapado de los brazos de mi esposa y de mis hijos; pero queriendo dar con el camino mas corto, en la oscuridad de la noche me he perdido en la espesura de un bosque, cuyos intrincados senderos me han conducido muy lejos. Vuelto á la verdadera senda he corrido para llegar á tiempo, gracias al Señor lo he alcanzado; dádme la muerte, sálvese mi amigo.»

Semejante relato arrancó copioso llanto á todos los circunstantes, hasta el mismo tirano sintió dentro de su corazón un sentimiento de piedad que en vano quiso sofocar, y ordenó que se quitaran las prisiones á Damon.

Pero un nuevo prodigio, mas grande aun por lo inesperado, escitó en mas alto grado en los espectadores el llanto y el estupor. Damon rehusa obedecer los mandatos del Emperador: ha transcurrido, dice, el tiempo acordado, ahora soy yo el que debe morir, tú vuelve la vida á la familia abandonada.—Desgraciado, ¿creés que ha pasado el tiempo y vives aun? Oh! no, mientras alientes, no ha espirado el plazo.

Damon insiste, porfia Pitias, sus corazones se exhaltan y ambos piden la muerte para sí, la libertad para el amigo.

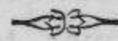
—Basta, dice de pronto el tirano, conmovido su corazón á la vista de aquel sublime espectáculo: basta, la libertad y la vida no la merece uno solo, la merecéis ambos, os la concedo; pero esto es poco aun: tan acrisolada amistad es digna de un rey: y me tendré por dichoso si alcanzo la vuestra. Así diciendo,

descendió del trono y los abrazó estrechamente.

Al modo que en el teatro se transforma de improviso un vaporoso subterráneo en el mas riente y ameno jardín, de la misma suerte cambió el aspecto de la muchedumbre reunida en la plaza. A los llantos y sollozos sucedió el alborozo y la alegría; nadie se cansaba de contemplar el semblante de los incomparables amigos, el aire resonaba con los plácemes y los vivas de los conmovidos siracusanos, y no se consideraba dichoso el que no podia formar parte del concurso, que en triunfo acompañó á los rescatados amigos hasta las puertas del palacio imperial.—(T. de Soave.)

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

## LOS SENTIDOS.



Hé aquí clasificados los sentidos, tal como la naturaleza parece haberlos colocado en los hombres, en los cuadrúpedos y en las aves: es decir, en el orden segun el cual se afectan mas sensiblemente los diferentes órganos de los sentidos en aquellas tres especies.

En el hombre el tacto es el sentido mas perfecto: el gusto el segundo: la vista el tercero: el oído el cuarto y el olfato el último.

En los cuadrúpedos el olfato el primero, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oído el cuarto y el último el tacto.

En las aves la vista el primero, el oído el segundo, el tacto el tercero, el gusto el cuarto y el olfato el último.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.